

Hacia la estación de Finlandia (con perdón de Lenin)*

Urbanismo y diseño urbano en Finlandia

Trevor Harris

Arquitecto que desarrolla su actividad profesional en Finlandia desde 1980. Es ganador de más de veinte concursos nacionales e internacionales, que incluyen tanto edificios como proyectos urbanos y planes urbanísticos. Entre los proyectos que desarrolla en la actualidad figuran varios grandes edificios públicos y una nueva ciudad. Fue ganador del Premio Nacional Anual de Arte y Arquitectura en 1995 y es profesor en la Universidad Tecnológica de Helsinki desde 1999.

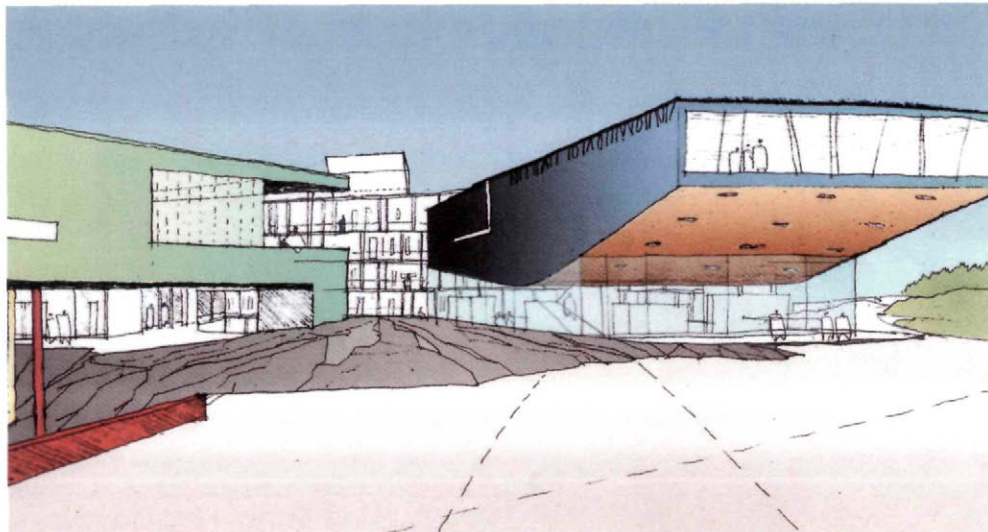
“La teoría normativa de la forma urbana se encuentra en un estado penoso. La atención de los estudiosos universitarios se ha dirigido hacia otros temas: aspectos socioeconómicos de las aglomeraciones humanas, análisis de cómo funciona su forma física o explicaciones de cómo llegó a ser lo que es. Muchas hipótesis valiosas se ocultan astutamente en el interior de estas estructuras científicas immaculadas. Mientras tanto, los urbanistas se aferran a los valores obvios que hacen la unanimidad. Todos sabemos en qué consiste una buena ciudad. La cuestión está en cómo conseguirlo. ¿Hay que seguir tomando por sentado cuestiones tan importantes?” (Kevin Lynch, *Buena forma urbana*, 1981)

La creación de un marco espacial imaginativo en el cual realizar entornos edificados a gran escala parece ser demasiado a menudo aquejada por la falta de ambición y de voluntad artística. Por muchos conocimientos, intuiciones profesionales y mecanismos de control burocráticos que tengamos, la tarea de crear lugares coherentes, agradables y singulares se nos escapa a menudo de las manos. Pero se trata de una batalla que no podemos permitirnos perder, porque en ella se juega nuestro bienestar y nuestra capacidad de interactuar con otros seres humanos y con la mismísima naturaleza. Nuestros entornos edificados, ya sean pequeñas granjas, aldeas, ciudades de mercado, complejos industriales o grandes urbes, son, ante todo, fuentes de energía, de una energía humana colectiva de la que nos nutrimos. Si fracasamos en el intento de crear lugares duraderos, característicos y, sobre todo, alegres que favorezcan y se adapten a toda clase de actividades humanas, estaremos incapacitando a la sociedad y su potencial de supervivencia, crecimiento y autoestima. Necesitamos restablecer la importancia y el poder de uno de los actos más civilizados y civilizadores de la humanidad: el arte público de crear edificios impactantes y memorables.

El orden y la creación del orden y de la belleza siempre se han hallado en el corazón del trabajo del arquitecto. Llegados a este momento de nuestra historia, cuando los mismísimos cimientos del desarrollo democrático se ven afectados brutalmente por los actos devastadores del terrorismo y por las disparidades económicas y políticas, siempre en aumento entre una minoría de naciones ricas y una mayoría de países pobres, podría parecer algo trivial reflexionar sobre la situación del urbanismo y del diseño urbano, vista desde la perspectiva de un pequeño país de la periferia nórdica de Europa. Sin embargo, como arquitecto en activo y como urbanista, además de como profesor, opino que la manera en que cuidamos nuestro entorno físico contribuye, en gran medida, a mejorar la dignidad humana y a engendrar un sentimiento más profundo y constructivo de respeto mutuo hacia el mundo vivo y todos sus habitantes. La habilidad y la compasión con que adaptamos lugares ya existentes o les añadimos nuevas intervenciones y la consiguiente capacidad de los edificios resultantes para transmitir nuestro cariño por las personas que utilizarán estos espacios y lugares deberían formar parte del contrato básico entre los arquitectos y los usuarios. En otras palabras, nuestra capacidad para crear entornos urbanos cálidos que ofrezcan calidad de vida, que ennoblezcan y enriquezcan nuestras existencias cotidianas y que ayuden a las personas a comunicarse y a disfrutar de toda la riqueza y diversidad de la vida en este planeta puede ayudar, en gran medida, a desarrollar la compasión humana y la tolerancia para con todas las criaturas vivas.

* Juego de palabras con el título del ensayo de Edmund Wilson sobre la revolución rusa (n. d. t.).

Aquí arriba, en los límites más septentrionales de Europa, esta ética es un elemento subyacente de la vida cotidiana. Tiene sus raíces en la historia llena de altibajos y a veces trágica de Finlandia. Es



una creencia que surge de la capacidad para sobrevivir guerras y ocupaciones por potencias extranjeras, privaciones materiales y un clima durísimo. Este respeto imperecedero por las vueltas del destino y de la providencia ha llevado a generaciones de finlandeses a tener fe en su propia resistencia y en sus capacidades y a esforzarse en crear un mundo mejor. Este credo se ha expresado y se sigue expresando, a pesar las vicisitudes de la economía de mercado, en el cuidado y los mimos volcados en los proyectos de restructuración urbana.

En apenas más de cuarenta años, Finlandia se ha transformado y ha pasado de ser una nación esencialmente agraria, con habitantes diseminados por una zona geográfica dos veces y medio más extensa que el Reino Unido, a ser una sociedad altamente tecnológica con el grueso de su población concentrado en seis centros urbanos principales. Gracias a su sistema educativo extremadamente coherente y determinista, Finlandia se ha ganado la fama de tener una de las poblaciones mejor “educadas” de Europa, en la cual, estadísticamente, todos los habitantes –hombres, mujeres y niños– saben leer, escribir y contar. Un logro que se ha llevado a cabo coherentemente en todos los sectores de la sociedad, independientemente de su condición económica, religiosa y étnica. Esta elaboración de políticas civilizada, humanista y promovida por el Estado ha desempeñado un papel fundamental a la hora de fomentar una multitud de desarrollos económicos y culturales, cuya escala no tiene precedente en Europa, en términos proporcionales. Paradójicamente, una nación que tuvo anteriormente fama de ser reticente y de cuidarse mucho en no dar la nota, se halla hoy en día en la vanguardia de los desarrollos tecnológicos de las comunicaciones así como de las exploraciones innovadoras relacionadas con la industria multimedia y los acontecimientos interculturales de masa; un fenómeno estudiado recientemente en el trabajo de Manuel Castells y de Pekka Himanen. Esta evolución de la sociedad ha tenido un papel determinante en el resurgimiento del interés por el diseño urbano y el urbanismo y es la piedra angular de los desarrollos urbanos recientes en Finlandia. La corriente dominante de la arquitectura finlandesa, con sus edificios singulares y característicos, nunca ha dejado de disfrutar de cierta fama en el mundo. El urbanismo finlandés, en cambio, no ha conseguido despertar una reacción semejante desde los días dorados de la ciudad jardín de Tapiola. Esta situación está cambiando ahora con una nueva gama convincente y trascendente de restructuraciones.

En la actualidad, estamos presenciando un claro alejamiento del modelo que proporcionó barrios periféricos y ciudades-dormitorio aislados, pasivos y carentes de equipamientos al amplio éxodo rural que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Lo que se estila ahora es mejorar zonas industriales obsoletas y transformarlas en ensanches nuevos y prósperos del centro urbano donde haya cabida tanto para la vivienda como para el trabajo y el ocio. Por supuesto, esta tendencia no es propia de Finlandia pero, debido al tamaño relativamente pequeño de muchas de sus principales aglomeraciones (Helsinki, por ejemplo, apenas sobrepasa el medio millón de habitantes), el impacto de estas nuevas intervenciones sobre el paisaje urbano ha sido muy profundo. Ya sea con las transformaciones recientes de antiguas zonas portuarias contiguas al centro, como Ruoholahti

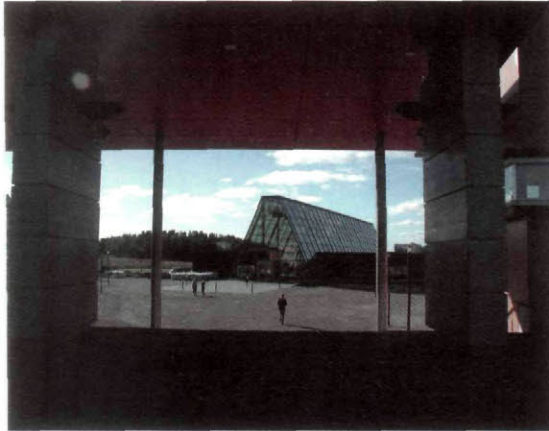
hacia el oeste, iniciadas a mediados de 1980, y las del viejo puerto petrolífero en Herttoniemi, en las inmediaciones de la zona este de la ciudad, o con la urbanización radical de los paisajes rurales tradicionales, como en el nuevo parque de las ciencias en Vikki, o en las costas graníticas y cubiertas de bosques de Vuosaari, se han creado nuevos y amplios distritos urbanos cuyas poblaciones son tan numerosas como las de muchas ciudades pequeñas de provincias. Todo esto ha supuesto para los urbanistas y los gestores urbanos finlandeses una intensa reevaluación de en qué consiste un entorno urbano adecuado y flexible para el siglo XXI.

Durante los primeros años de este renacimiento urbano, se resolvieron las fases iniciales usando soluciones y tipologías derivadas de las zonas periféricas. El uso generalizado de bloques y torres y la incorporación de un alto nivel de elementos prefabricados (las herramientas básicas de la mayoría de los arquitectos y urbanistas desde los años veinte) siguió siendo la base de las estrategias urbanísticas, incluso en zonas que requerían un enfoque más denso y multilateral. La parcelación urbanística del territorio y la segregación por funciones siguieron siendo el *modus operandi* y proporcionando un modelo cómodo y fácil para los políticos, gestores y urbanistas. Las presiones ejercidas por las grandes constructoras fueron (¡y siguen siendo!) responsables, en gran medida, del uso perpetuo de una gama limitada de tipologías para viviendas. Hasta el diseño interior de las viviendas se ha vuelto tan racionalizado (es decir, limitado, rígido e inmutable) que los esfuerzos creativos de la mayoría de los arquitectos implicados en el diseño de viviendas se han concentrado, inconscientemente, en la articulación de las fachadas, a veces con consecuencias desastrosas ya que los edificios conlindantes compiten por atraer la atención. En todos los sentidos, proporcionar un entorno habitable de alta calidad se ha vuelto un juego exteriorizado, en vez de ser una interacción equilibrada entre espacios internos y externos.

El estancamiento en el que se halla sumido actualmente el diseño de viviendas y su incapacidad para atender las necesidades de distintos tipos de inquilinos, para incorporar una multitud de actividades y de funciones de la vida cotidiana, para adaptarse a los cambios sociales y demográficos que ocurren inevitablemente durante la vida de un edificio, configuran el tema de muchos debates, tanto en el sector público como en el privado. Hasta ahora, la respuesta activa ha sido a pequeña escala y no se ha llevado a cabo ninguna reforma ni innovación fundamental, pero existen señales visibles de que incluso las fuerzas de mercado tradicionales y conservadoras son conscientes de la falta de flexibilidad y de verdadera oferta entre la cual elegir. Algunas de las mayores constructoras están patrocinando, en parte, concursos de ideas arquitectónicas a nivel nacional e internacional (es decir, por el intermediario de las iniciativas europeas) en un esfuerzo por encontrar respuestas más adecuadas para viviendas sostenibles. Los recientes ganadores de *European 6* brindan buenos ejemplos de soluciones pragmáticas y, sin embargo, estimulantes e innovadoras que deberían contribuir de forma significativa al sano replanteamiento que se está gestando actualmente. La clave, por supuesto, no reside en la búsqueda de una fórmula universal que se pueda subordinar a la lógica dominada por la economía que impera en la industria de la construcción, sino en encontrar principios convincentes que se puedan ajustar a todo tipo de obras y clientes.

Están surgiendo más síntomas de esta tendencia hacia una oferta más variada de tipos de viviendas. Un ejemplo notable de esto son los nuevos planes para la zona de Viikinmäki en el norte de Helsinki (asesores Harris & Kjisik, arquitectos y urbanistas + departamento de urbanismo de Helsinki / arquitectos Riitta Jalkanen y Taru Tyynilä). El contenido estratégico de este proyecto es una respuesta tanto a las condiciones climáticas (violentos vientos marítimos azotan esta zona en invierno), a su excepcional topografía en la cima de una colina, a las vistas espectaculares como al nivel de insatisfacción con las actuales soluciones de viviendas carentes de imaginación. La propuesta física se inspira en ejemplos finlandeses ya existentes (por ejemplo, las estructuras medievales de Porvoo, Naantali y Rauma) así como en las ciudades tradicionales construidas sobre colinas. Ambiciona crear viviendas bajas y densas, dotadas de equipamientos esenciales, formando, así, una matriz urbana resguardada y definida físicamente, que contraste fuertemente con el paisaje variado y espectacular que la rodea. Se trata de resucitar la idea de producir un modelo para fomentar las innovaciones en el ámbito del urbanismo colectivo así como en el de la construcción, de la ingeniería y del diseño del medio ambiente.





En mi opinión, la tradición y la experiencia políticas de Finlandia para formar gobiernos de coalición con partidos de izquierda, centro y derecha han sido cruciales en la formación de un terreno fértil donde desarrollar proyectos conjuntos exitosos entre los sectores público y privado de la sociedad; proyectos que demasiado a menudo han fracasado en otras culturas. Particularmente los de índole cultural, como el abanico incomprensiblemente amplio de festivales veraniegos, así como inversiones y apoyos para otros más permanentes como aquellos relacionados con las artes teatrales hubieran sido imposibles sin la implicación entregada del sector empresarial. Para un país pequeño como Finlandia, la mejora continua del entorno edificado necesita los esfuerzos conjuntos de los profanos, de los gobiernos centrales y locales, de los profesionales del ramo y del sector de la construcción. Gracias a un mecenazgo benévolo, a un programa político único y riguroso en el ámbito de la arquitectura (que pronto será seguido por otro sobre urbanismo), a una investigación aplicada, a ferias y exposiciones nacionales e internacionales sobre vivienda y a uno de los sistemas de concurso de arquitectura más desarrollados y exitosos del mundo, los finlandeses se ganan otra vez, como quien no quiere la cosa, la fama de producir complejos urbanos modernos que pueden servir de inspiración para los demás.

Recibido: octubre 2001